

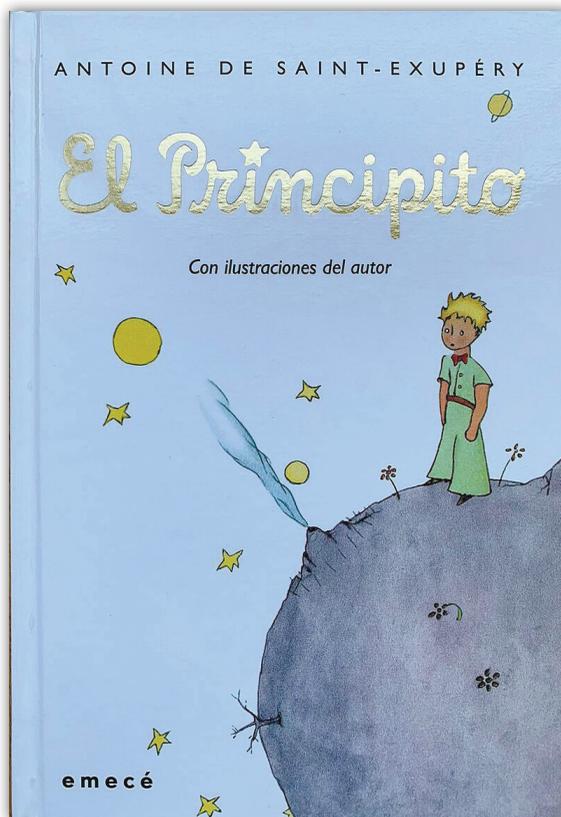
Un planeta llamado Nora Gal

Anastassia Espinel Souares

En el año 2022 se cumplieron ciento diez años desde el nacimiento de Nora Gal, aquella mujer extraordinaria que, gracias a su sobresaliente talento de traductora, había regalado al lector ruso las obras de varios autores franceses y, entre ellos, a Antoine de Saint-Exupéry con su inmortal principito. Para numerosos lectores, su nombre es inseparable de todos los escritores traducidos por ella, pero muy pocos conocen la verdadera historia de su vida, igual de dramática a la de Saint-Exupéry. Aunque, a diferencia de su autor favorito, ella no pilotaba aviones ni se transportaba de continente a continente en el sentido físico de esta palabra, su extraordinario talento literario la elevaba hasta las nubes y su desmesurada fantasía nunca le permitió convertirse en una adulta de verdad, por lo que nunca pudo ser comprendida por aquella sociedad totalitaria y estrictamente reglamentada en que le había tocado vivir.

Su verdadero nombre era Eleonora Yákovlevna Galpérina; elegiría su seudónimo literario descartando las primeras sílabas de su nombre y las tres últimas de su apellido. Nació en Odesa el 27 de abril del año 1912, en una familia culta e instruida, pero alejada del mundo literario, ya que el oficio hereditario de varias generaciones de sus ancestros era la medicina. Yákov Galperin, el padre de la futura literata, era todo un Médico, con mayúscula, según lo escribía en sus memorias Alexandra Ráskina, una amiga cercana de los Galperin:

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, atendía a los soldados heridos en pleno



campo de batalla, haciendo caso omiso de los proyectiles que caían y estallaban por doquier y mostró tanto valor que fue condecorado por la Cruz de San Jorge... Posteriormente, siendo ya un hombre mayor y de salud más bien precaria, hacía visitas domiciliarias a todos sus pacientes, siempre a pie, incluso a aquellos que vivían en los barrios más pobres y alejados... Y en sus ratos libres, se entregaba a su mayor pasión que era la lectura.¹

La joven Nora heredó de su progenitor, no sólo aquella desmesurada pasión por los libros, sino también su gran sentido de responsabilidad y una capacidad de tra-

bajo realmente extraordinaria que tanto admirarían todos sus colegas del gremio literario. Lastimosamente, en la década de los 30, cuando todo el país vivió la pesadilla de las represiones masivas de la época de Stalin, Yákov Galperin, como muchos otros intelectuales de la vieja generación, fue arrestado, declarado “enemigo del pueblo” y condenado a trabajos forzados en los campos de trabajo del tristemente famoso Archipiélago Gulag. Tratando de arrancar a su padre de las garras del implacable sistema, Nora pide cita con un comisario de la temible NKVD (el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de la Unión Soviética, el antecesor de la famosa KGB, Comité para la Seguridad del Estado, ambas siglas en ruso), quien le aconsejó que no volviera a inmiscuirse en el asunto si no quería terminar ella misma tras las rejas. Como resultado, Yákov Galperin pasó recluido casi doce años, hasta su rehabilitación en 1954. Aquella tragedia marcó profundamente la vida de su joven hija, pero, a pesar de todo, la aparentemente frágil Nora no desfalleció y siguió luchando por sus sueños. “Nora la soñadora”, “Nora la luchadora”, así la llamaban sus amigos cercanos y eran unos apodos muy acertados.

El primer problema se presentó cuando la joven, tras haber finalizado sus estudios de secundaria, intentó ingresar en la universidad. A pesar de sus altas calificaciones en todas las materias, pudo hacerlo ¡tan sólo después de diecisiete intentos frustrados!, ya que ningún centro de enseñanza superior quería aceptar a la hija de un intelectual “enemigo del pueblo”. En el año 1937 Nora finalmente se graduó de la Facultad de Lengua y Literatura Francesa del Instituto Pedagógico Estatal de Moscú, continuó allí mismo sus estudios de posgrado, y en el año 1941 sustentó su

tesis de doctorado sobre la vida y obra del poeta francés Arthur Rimbaud. Después, dictó el curso de literatura occidental en la Facultad de Redacción y Publicación del Instituto Poligráfico de Moscú y colaboró con *Literatura Internacional* y otras revistas literarias. Posteriormente, Nora escribiría en su famosa obra *La palabra viva y muerta*:

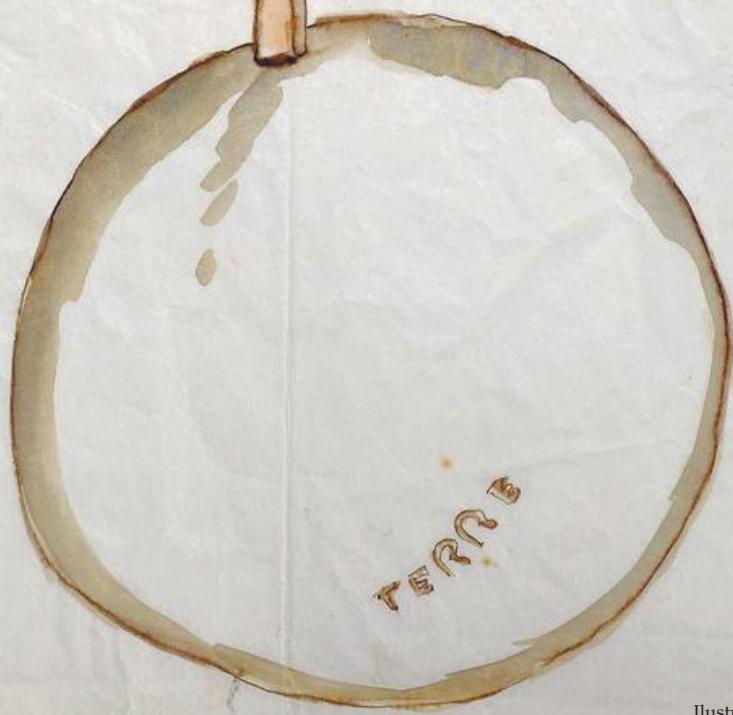
Para los estudiantes de mi época aquellas revistas era una especie de cueva de tesoros de los cuentos de *Las mil y una noche*. Era como descubrir nuevas galaxias que no tenían nada que ver con nuestra realidad. Nada de *Cemento*, nada de *Hidrocentral* ni de otras tediosas novelas soviéticas sobre la industrialización o la colectivización... Aunque tan sólo en fragmentos, nos familiarizamos con los mundos de Kafka, Joyce, Dos Pasos, Brecht y Feuchtwanger; todos nuestros encuentros con los clásicos de la literatura occidental de nuestro siglo los debemos a aquellas revistas.²

Nora Gal no trabajaba para vivir, sino que vivía para trabajar; trabajaba día y noche, prácticamente durante las veinticuatro horas. Aun así, de alguna manera se las arregló para casarse con su colega, el crítico literario Vladimir Kuzmín y dar a luz una hija llamada Eduarda (o simplemente Eda, como la llamaban con cariño, en alusión al antiguo poema épico escandinavo “La Eda mayor” que adoraban sus padres). Según el testimonio de los amigos cercanos de la familia, “la mera necesidad de comer y descansar la irritaba de sobremanera, por lo que Nora soñaba con una pastilla mágica que la liberara de la necesidad de desayunar, almorzar, cenar y dormir”.³

El día fatal del 22 de junio de 1941, cuando la Alemania nazi atacó a la Unión Soviética, se dio un giro trágico a la vida de todo



VA



el pueblo soviético y Nora y su familia no fueron la excepción. Desde el primer día de la guerra, su esposo Vladimir se alistó en el ejército como voluntario y murió como héroe en la batalla de Stalingrado. La joven viuda y su pequeña hija vivían en condiciones realmente inhumanas. Según recuerda Eda Kuzminá, la hija de la literata,

era un apartamento donde vivían diez familias, con treinta personas y diez mesas en nuestra cocina común; el techo de nuestra sala, con los restos de la antigua moldura, amenazaba con caernos encima cada vez que el vecino de arriba, un alcohólico recién salido de la cárcel, armaba peleas con sus familiares. Pero, a pesar de aquel infierno, mamá trabajaba entre catorce y dieciséis horas diarias, creando sus obras maestras de la traducción. Parece inverosímil que, tan sólo a la edad de cincuenta años, *siendo ya una toda una celebridad en el mundo de la literatura y la traducción, mi madre por fin obtuvo su propio apartamento donde pudo trabajar en condiciones normales.*⁴

Aunque Nora Gal tradujo al ruso las obras de toda una pléyade de autores franceses, ingleses y norteamericanos, según su propio testimonio, “ha sido la estrella de Saint-Exupéry el que desde hace más de cincuenta años ilumina el camino de mi vida”. Su primer encuentro literario tuvo lugar en el verano de 1939, cuando la revista *Literatura internacional* le encargó a Nora escribir una breve reseña sobre el libro *Tierra de hombres*. Impactada por la trágica y apasionante historia de dos aviadores franceses atrapados en el Sahara, Nora decidió traducir el libro al ruso; según sus propias palabras,

mi alma fue conmovida hasta el fondo por el coraje del piloto, por la sensibilidad y la sabiduría del artista y por la grandeza del espíritu humano. Tal vez en aquel momento

yo simplemente carecía de experiencia de la vida para poder entender y apreciar en su justo valor todas las facetas y la profundidad filosófica de aquel libro, pequeño y grande a la vez, pero me sentí hechizada por su autor, de una vez y por el resto de mi vida.

Terminó la traducción del libro en menos de un mes, pero este vio la luz muchos años después, debido a que estalló la guerra, la revista fue cerrada y sólo en 1955 volvió a salir con el nuevo nombre de *Literatura extranjera*.

Casi veinte años después, la hija de una amiga íntima de Nora, la famosa periodista Frida Vigdórova, le mostró un pequeño libro en francés, en cuya portada un niño sonreía al lector rodeado de las dunas del desierto igual de doradas que los rizos de su cabellera, y le pidió traducirlo al ruso. Atrapada por la gran aventura del pequeño viajero interestelar, Nora Gal hizo la traducción en un par de días. La historia de *El principito* dejó profundamente conmovidos a todos los amigos de Nora; ni siquiera pensaba en su posible publicación, pues la rígida censura soviética, con toda seguridad, jamás daría el visto bueno a un libro tan polémico y tan lejano de los cánones del “realismo socialista”. Sin embargo, Frida Vigdórova no dejó de insistir y, aprovechando todas sus amistades con los personajes más influyentes de la época, incluido el mismo Nikita Jrushchov, el dirigente supremo del Partido Comunista y del Estado soviético, pudo lograr que en el año 1959 *El principito* finalmente hablara en ruso en las páginas de la prestigiosa revista *Moscú*. Fue así como comenzó la marcha triunfal del pequeño héroe de Saint-Exupéry por el país más grande del mundo, hacia los corazones de millones de lectores. A Nora Gal le enviaban numerosas cartas y la invitaban a numerosos conversatorios

con los lectores, prácticamente de todas las grandes ciudades del país.

Sin duda, aquel enorme éxito de *El principito* en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas es, en gran parte, el mérito de su traductora. La misma Nora afirmaba que la traducción de este libro le había resultado más fácil que la de cualquier otro texto literario porque las ideas de Saint-Exupéry le eran más cercanas que las de cualquier otro autor.

En 1972, Nora Gal por fin se atrevió a publicar un libro de su propia autoría, *La palabra viva y muerta* y en la introducción para la primera edición comentó que aquella obra jamás hubiera nacido sin la influencia de Saint-Exupéry. Dividiendo las palabras en “vivas” y “muertas”, la autora afirma que “los niños jamás utilizan palabras muertas, que son un invento de los adultos, como toda aquella burocracia verbal, sin alma y sin sentido”. El éxito de *La palabra viva y muerta* era tan grande, que la primera edición de diez mil ejemplares se vendió prácticamente al instante; el libro se convirtió inmediatamente en el tema central de numerosas discusiones con la participación de los filólogos y lingüistas más famosos.

Nora Gal murió en el año 1991, a la edad de setenta y nueve años, después de una larga enfermedad. Incluso postrada en la cama, siguió redactando con ayuda de su nieto, el poeta y traductor Dimitri Kuzmín, la nueva edición de *La palabra viva y muerta*, respondiendo a las cartas de sus numerosos lectores y, cuando ya no le quedaban fuerzas, simplemente citaba de memoria un poema de Omar Jayam:

*No anda seguro por el Sendero
el hombre que no ha recogido
el fruto de la verdad.*

*Si pudo cosecharlo del árbol de la Ciencia
sabe que los días pasados
y los días por venir
en nada se distinguen del alucinante primer día de
la Creación.*

Sin duda, Nora Gal ha sido una de aquellas pocas personas que no sólo logró recoger el fruto de la verdad sino compartirlo con sus numerosos lectores, alumnos y seguidores.

En 1995, los astrónomos del Observatorio de Crimea descubrieron un nuevo asteroide que recibió el nombre de Nora Gal.⁵ Debe ser un planeta muy parecido a aquel donde queda la casa del principito y, sin duda alguna, habita el alma de su creador. Allí, en la infinidad de los mundos del espacio exterior, también permanece ahora el alma de Nora Gal, unida por siempre a su autor y a su personaje predilecto.

Referencias

- ^{1,3} Ráskina, A. (1997). “En el primer lugar” en: Kuzmin, D. *Nora Gal: Recuerdos. Artículos. Poesía. Letras. Bibliografía*, ARGO-RISK, disponible en línea: <http://www.vavilon.ru/noragal/raskina.html>.
- ² Gal, N. (2001). *La palabra viva y muerta*, texto en ruso disponible en: https://dramafond.ru/wp-content/uploads/2014/12/Nora_Gal_Slovo_zhivoe_i_mertvoe.pdf.
- ⁴ Kuzmina, E. (2006). “Iluminando el camino a los demás”, *Yúnost*, p. 43 (en ruso).
- ⁵ Aspiz, M. (2002). “Nora Gal, la creadora de los mundos”, *Lejaim* (en ruso).

Anastassia Espinel Soares es historiadora, especialista en Docencia Universitaria y doctora en Ciencia Histórica graduada del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de Rusia. Se desempeña como docente del Departamento de Humanidades en la Universidad de Santander. Es autora de una amplia obra de narrativa histórica.